

El ensayo, ¿un género literario en vías de extinción?

Santiago Mutis D.

La universidad. “Estado del arte”

Cuatro cosas me llaman la atención en la generalidad de los ensayos académicos: la primera, es el pánico, la desconfianza, el desprecio que se tiene por la sencillez, la claridad, lo esencial; algo que podría llevar como lema la frase de una canción que le oí a una niña de doce años en la televisión española, y que dice: “primero muerta que sencilla”; la segunda, es la pobreza y rigidez del idioma, la opacidad y esterilidad del estilo, la ausencia de gracia, de malicia, de humor, de sorpresa, de dones; sus recursos monótonos, la ineptitud en la escritura, la falta de pericia, de expresividad, de placer, de sabiduría... y la falta de imaginación (no como inventiva, sino como capacidad de relacionar); la tercera, es el hecho de escribir de espaldas al lector: su desinterés en crear vínculos, diálogo, discusión, complicidad; como quien dice, la ausencia de autor, de ideas propias, de personalidad, de compromiso, de afirmaciones o dudas maduradas en la intimidad de la reflexión; y la cuarta, es hacer una suerte de impúdica digestión de fuentes y metodologías frente al público, una deformación profesional, muchas veces exhibicionista, que demuestra que el interés no está puesto en las virtudes del escrito mismo —en su forma, su propósito, sus ideas—, sino en el gueto académico, única fuente y destino del conocimiento, según parece.

Este temor a que no nos crean lo suficientemente preparados o actualizados, y esta ausencia de riesgo, de amor, de

autoría, es lo que diferencia la aparatosa escritura académica del ensayo como género literario, que es el manifiesto de una personalidad, de un escritor, sea físico o poeta.

Fallamos como personas, y no tenemos vocación de enseñanza

La condena que se hace de las emociones, de la intuición, las pasiones, las opiniones personales, lo subjetivo, incluso de la misteriosa o mohosa inspiración (hay momentos mejores que otros), no es más que la desconfianza en la persona, en sí mismo, porque íntimamente se tiene la certeza de su insignificancia o su desorden, de que no valemos mucho, de que somos más o menos estériles, de que nada de lo nuestro tiene importancia, pues hemos descuidado nuestras pasiones y nuestras emociones hasta convertirlas en un gris amasijo; hacemos discursos eruditos sobre la creación literaria, pero secamos sus fuentes. Don Enrique Pérez Arbeláez, a quien apartaron de la Universidad Nacional por cuestionar el derecho absoluto y arbitrario sobre la naturaleza hecha propiedad privada —era biólogo—, decía: “Todo conocimiento debe ser traducido a valores humanos”. Si no pretendemos engrandecer al ser humano, o denunciar sus crímenes, es porque no estamos habitados por nada mejor que nosotros mismos.

Cuando el profesor Gutiérrez Girardot, por ejemplo, se apartaba de su erudición académica y ejercía libremente su personalidad, había que taponarle la boca. Cito un caso: escribiendo sobre don Tomás Rueda Vargas para el *Manual de historia de Colombia*, para el cual el profesor Jaime Jaramillo Uribe —su director científico— le había solicitado un ensayo sobre la literatura colombiana del siglo veinte, Gutiérrez lo (des)calificó de “sirvientero”, expresión que don Jaime tachó y que yo suprimí del original, como editor que era de aquel mamotreto (aunque en la página de créditos aparezcan otras personas). A don Jaime la expresión del doctor Gutiérrez le pareció fuera de lugar, salida de tono, inapropiada en un ensayo

académico, grosera, pero no quiso hacer más comentarios. Para mí fue una revelación: la inteligencia, la erudición, la formación académica no eran garantía para ser una persona. Ofender a una campesina boyacense, o a una hermosa muchacha sabanera —una persona digna de toda nuestra alegría— para usarla (por analfabeta) como ariete contra un escritor y sus posibles faltas era verdaderamente lamentable. Desde las alturas alemanas, un profesor dejaba caer todo el peso de su filosofía aprendida contra una indefensa jovencita que trabajaba en la cocina de una hacienda, en su paradisíaco paisaje natal, hoy urbanizado con criterios impuestos. Esto me demostraba que la escritura académica oculta la persona, porque esta persona puede estar tan cruda como cualquier otra, y que lo esencial no es la bibliografía o la metodología, sino algo inasible, algo más bien impreciso, incierto, intangible: el ser humano. Primero hombres, después doctores, decía el doctor Pérez Arbeláez. Y en esto de hacer personas, o alumbrar abismos, sólo confío en el arte. Así nos aproximemos a él con la escritura o tocando los rayos de luz que llueven en una arboleda. Cuando un arquitecto nos muestra el “arte” de su maqueta vacía, no dice nada; la obra hay que verla habitada, vivida, puesta a prueba, humanizada y en un lugar; así sabremos si es grata o un simple gesto de vanidad; lo que importa en arquitectura —como en todo lo que hacemos y escribimos— es la clase de vida que posibilita o que niega.

“En Colombia no hay crítica literaria”

Esta queja sobre la ausencia de crítica se ha vuelto no sólo un lugar común, una afirmación que no dice nada, sino también una excusa, un lavarse las manos, una frase para encubrir lo que no se hace (y echarle la culpa a otros de lo que en el fondo no se desea o se teme). Hay una razón, obvia, para que “no haya crítica”, que abarca al mundo editorial y a los medios de comunicación, que es a lo que aspiran las editoriales: a sus ganancias. Esta razón, que todos conocemos pero no men-

cionamos, la expresó recientemente, en forma bonachona, o magníficamente cordial y diáfana, Gabriel García Márquez al hablar de don Guillermo Cano, al cumplirse veinte años de su asesinato (precisamente por aquello de la crítica, y la ética): “Nadie que lo conociera de cerca hubiera podido vislumbrar, detrás de sus maneras suaves y un poco evasivas, la terrible determinación de su carácter. Fue él quien impuso la crítica de cine cuando los exhibidores se oponían con la amenaza de suspender los anuncios. Convenció a su padre, a sus hermanos gerentes, a todos, y por primera vez se le dio luz verde a la crítica de cine en un periódico grande. Los propios empresarios tuvieron que reconocer la razón de Guillermo: las críticas desfavorables no le quitaban público a las malas películas, y en cambio se lo llevaban a las buenas, que eran más difíciles de promover”.

Bueno, ahora corren tiempos más prósperos (es decir, peores). Cuando García Márquez, muchos años después, compró la revista *Cambio 16*, su joven director inauguró la página editorial contando la anécdota de su extrañeza al encontrarse frente a la caja registradora de una librería a una muchacha comprando el *Ulises* de Joyce, “pensé que ya nadie leía eso”, escribió, y recordó que él lo había tenido que leer en la universidad, “isemejante ladrillo!”, y recordando aquella pesadilla exclamó: “si éste es el mejor libro de la literatura universal, cómo serán los demás”. Aquí, García Márquez y la universidad fueron totalmente inútiles para sensibilizar a un profesional. Él, que había oído, con veinte estudiantes más, hablar seriamente del *Ulises*, ahora difundía lo contrario a veinte mil. No nos explicamos cómo García Márquez no lo sacó de las orejas de la dirección de la revista, ni por qué no le quitó la página editorial, ni tampoco qué hacía esta lumbrera en una librería, ni para qué eran los cursos que hizo en la universidad.

Si la universidad tiene que ver con el mundo editorial, no se nota. No hay escritores ni en la una ni en el otro. Brutalizar al hombre —y a la mujer— parece ser un propósito actual del mercado —hacer rentable la deformación—, a lo cual es ajena

la universidad. Otro tanto sucede con la mediocridad, la masificación, la banalidad, la sexualidad sin rostro, la violencia, la despreocupación social, la insensibilidad... realidades atizadas y codiciadas por el mercado, y opuestas —como propósito y consumo— a la literatura, que es un compromiso personal, y que incluye como género a la crítica literaria. Es difícil escribir un ensayo sobre estética sin que haya estética en su lenguaje, en sus ideas, en su alma... y en su edición. Es difícil escribir crítica literaria sin hacer literatura, la cual es ajena a la universidad. Ésta es la razón por la que “no hay crítica literaria...” ien la universidad!

Por todo esto me pareció “fuera de lugar” y hasta un poco cínica esa frase repetida por una profesora de literatura sobre la inexistencia de la crítica en Colombia. Seguramente en las aulas algún extraordinario profesor sigue enseñado inútilmente el *Ulises*, y muchos otros transcribiendo —con ayuda de un corrector de estilo— el “aparato crítico” con que habrán de sepultar todo asombro y clarividencia; y es precisamente este “aparato” lo que reemplazará al ensayo —propio— y a la crítica, que no habrán de escribirse, ni por supuesto publicarse. Pero de eso se trata, de que no exista. Y en esto sí coinciden el mercado y la universidad, en desterrar la escritura, y, de paso, a la persona.

Restablecer el lenguaje de los hombres

Mientras en medio mundo la crítica, el ensayo, la reflexión, la poesía, el teatro escrito, la gran narrativa... se refugian en las editoriales de las universidades ante la compra de las editoriales privadas por parte de las multinacionales de la comunicación, en Colombia las editoriales universitarias continúan siendo pequeñas empresas autistas ajenas a este fenómeno comercial de cínica censura, renunciando así a intervenir en la cultura, y en la vida. Cobardía, incapacidad, ceguera, autoeliminación, profesionalismo... da igual. La universidad es una institución, y las instituciones no soportan individualidades, sobre todo

en las públicas, que son del Estado, y el Estado es burocrático, y la sombría burocracia no propicia mucho la creatividad, al menos la buena (en verdad sabemos que pudre el alma)... La universidad y la crítica —así como la crítica y el mercado— son términos contradictorios.

No nos engañemos, en el fondo de nosotros sabemos que sólo desde la más profunda libertad, desde lo más íntimo y personal es posible la escritura, que es una manera de vivir, de dar y de ver a los demás, y también una actitud ante lo irremediable, ante lo establecido, ante lo posible y ante el poder. Lo dijo Carlos Martínez Rivas, pensando en el arte de escribir (y de ser): el arte es una insurrección solitaria, y un mal ejemplo para los tratantes de ganado, el autoritarismo y la servidumbre. El que escribe, incendia las naves.